



CAPÍTULO VII.

EL POPULO BÁRBARO.

LAS funciones de la compañía dramática siguieron á pesar de la enfermedad de Pico.

El corrillo de las coristas devoró el succulento platillo de la crónica hasta chuparse los dedos.

Una pelona, la más relamida y decidora de aquellas beldades de cuarenta abriles, encanijadas y maldicientes, tenía la palabra.

La pelona tenía la lengua más viperina que se conoce, y era la que llevaba la batu-

ta en todos los escandalosos chismes de bastidores.

—Ya sabrán de la figurante nuestra compañera, la *dichosa* Isolina.

—¿Qué ha sucedido? dijeron las demás brujas, casi en coro y como si aquella frase les hubiera sido dada por el *traspunte*.

—¡*Nada!* qué ha de suceder?

Advertiremos de paso que aquella pelona que hablaba de todo y lo sabía todo, empezaba sus crónicas siempre con esta muletilla:

Nada.

De manera que empezó así:

—Nada ó casi nada, que la tal Isolina ha venido á introducir el desorden más espantoso en el teatro; en primer lugar con echársela de señora.

Aquí la pelona tosió de una manera particular y cómica.

A la tos de la pelona, siguió una sonrisa del grupo.

Hé aquí una reputación derrumbada con una tos.

El saltimbanquis que sostiene en equilibrio en la punta de las narices una espada y un platillo que gira, no tiene más cuidado ni está más expuesto á perder el equilibrio, que una mujer hermosa obligada á sostener el platillo de su reputación, puesto en equilibrio hasta sobre sus pestañas.

Dejemos hablar á la pelona.

—Conque como iba diciendo, ya vieron ustedes á la santa; á la que vino á escandalizarse de nosotras.

—¿Conque se escandalizó de nosotras? preguntó una.

—¡Vaya! te vería á tí con Juan, dijo la pelona, y á mí con mi primo que es tan confanzudo y que tantos *falsos* me han levantado ya por él.

—Pues bien, como iba diciendo, la escrupulosa ya está arreglada, por eso no vuelve al teatro.

—¿Y con quién, mi alma? preguntó una *prieta*.

—No, nada, con nadie, con el señor don Fernando.

—¿Con D. Fernando el juez?

—¿Con el viejo?

—Con el viejo.

—¿Con el casado?

—Con el casado.

—¡Ay!... pero ya se ve, si la pobrecita de su mujer está loca.

—¡Conque tan pronto! exclamó una figurante enclavijando las manos.

—De estas que no comen miel, libre Dios nuestros panales, dijo la pelona canturreando.

—¿Y Pico? dijo otra soltando un carcajada.

—Vive á expensas de D. Fernando.

—No, no es cierto, dijo una tercera. Que lo diga doña Atanasia, ella le está pasando los alimentos por *cuanto vos*.

—Sí, pero en último resultado pagará don Fernando.

—Eso quién lo duda!

—Conque en resumidas cuentas, Pico vendió bien su mercancía en la primera noche?

—Pero qué ¿no será su marido?

—No, ¡qué marido! si le habla de usted!

—¡Ah! entonces era nada más empresario.

—¡Quién sabe!

—¿Y Alberto? dijo otra soltando este nuevo ingrediente en aquel guisado

—¡Alberto! ese es un *pico largo*, contestó la pelona; ese está esperando que la fruta se sazone para cortarla.

—Don Fernando se encargará de eso.

—Ya se vé, porque lo que es Alberto no quita el dedo del renglón.

—No hablen de Alberto, que hay aquí quien se ponga colorada.

Efectivamente, una jovencita, la mejor de todas las figurantes, estaba en aquel momento hecha una escarlata

—¿Qué tal, no lo dije?

—¡Ah! exclamó una de las figurantes encogiéndose de hombros, mientras más se vive más se vé; yo no creía que Rosa.....

Una risa general circuló en el grupo, y la figurante que se había puesto colorada exclamó:

—Es que si yo me pongo colorada, no es por lo que ustedes creen, sino porque tengo mis razones.

—¡Ya se ve!

—Quiero decir, no es porque yo haya tenido amistad ni nada con Alberto, sino porque me indigna que hablen mal de una.

—¿Oiga? pues usted, mi vida, no es por cierto de las que tenga pepita en la lengua que para comerse al prójimo se pinta usted sola; dijo la pelona haciendo una rabieta y acentuando mucho sus palabras.

—Bueno, pero si critico, no es de cosas de honra.

—Rosa es una santa, insistió la pelona.

—Seré lo que usted quiera, pero no levanto falsos.

—Sobre que digo que usted es una santa.....

—Vamos, vamos, que se acabe el pleito, que aquí viene doña Atanasia que nos podrá sacar de dudas.

—Buenos días, doña Atanasia, ya el director preguntó por usted.

—Dame una silla que me vengo ahogando.

—¿Cómo se siente Pico? preguntó la pelona.

—Con los favores de Dios, vamos pasándola.

—¿Y su amiga de usted Isolina?

—Está bien.

—¿Y don Fernando?

—Vamos, niñas, que esas son cosas delicadas.

—¡Adios! ¿qué tiene de particular preguntar por la salud de las gentes?

—¡Hum! murmuró doña Atanasia, ya te veo venir, pelona, eres la piel de Judas.

—Cuéntenos usted, doña Atanasia, ¿es cierto que Isolina quiere ser artista?

—¿Quién ha dicho eso?

—Dicen que le van á dar papel.

—¿Quién? ¿En dónde? ¡Muchachas de mis pecados! Son ustedes lo más mordaz que yo conozco.

—Todos lo dicen, porque segun aseguran, don Fernando es el que le ha dicho á Isoli-

na que tiene dotes, y quien le ha inspirado la idea de ponerse á estudiar.

—Pues saben ustedes más que yo.

—Es que usted no quiere decirlo, porque la salida de Isolina va á ser una sorpresa.

—No, muchachas, no sé nada positivamente; yo lo único que he visto es que la joven lee del día á la noche.

—¿Y qué lee?

—No lo sé; pero son libros que le ha llevado don Fernando.

—¿No lo dijimos? ciertos son los toros; ¡es eso, es eso, doña Atanasia! está estudiando para actriz; ¿y qué dice usted, podrá?

—¡Quién sabe, puede ser! Vds. mismas juzgarán por los años que llevan de teatro.

—¡Ay! lo que es por mi parte, le diré á usted, dijo la pelona, no he hecho más que algunos papelitos, y después de haberlos estudiado mucho ni siquiera me han aplaudido; ello es cierto que no han sido papeles de desempeño ni de efecto, pero en fin, cuando uno lo hace á conciencia, el público debe aplaudir.

—Lo que es eso, contestó la vieja, bueno fuera que el público hiciera siempre justicia; ¡bonito el público para meterse en eso! no, hijas, si el público es lo más incomprensible que yo conozco.

—¡Pero como Isolina es bonita! Es seguro que la aplaudirá, porque eso sí, las bonitas siempre caen en gracia, aun cuando lo hagan detestablemente como muchas que conozco.

—¿Y usted ha visto representar á Pico, doña Atanasia? preguntó la pelona; yo creo que en ciertos papeles ha de estar bien.

—Sí que lo he visto; y oigan ustedes, con una buena dirección mi compadre adelantaría mucho, tiene algunas cosas buenas.

—¿Y cuál es su cuerda?

—Mi compadre hace al bajo cómico, y tiene sus papelitos que le salen perfectamente; como por ejemplo: el jardinero de los «Infieles,» en ese papelito está el pobre de mi compadre para comérselo.

—¡Ah! pues si ya sabe algo fácil será que Isolina haga su presentación.

Isolina, por espacio de muchos días, dió la materia abundante pábulo á la crónica de bastidores.

Aquella legión de hembras apergamina-
das, que habían perdido, de buenos años
atrás, á girones, su lozanía en los accidentes
del foro; aquellas mariposas nocturnas, en
cuya epidérmis resinosa se cortaba el alba-
yalde y se escurría el colorete, estaban nu-
tridas con la hiel del bufón y con la ponzo-
ña de la fea.

Esa importante transformación que se
opera en la mujer cuando toma estado; esa
segunda educación que depende casi siempre
del marido, en las figurantes se había operado
también; pero entre consuetas y traspuntes,
entre galancetes y barbas, entre comedian-
tas y teloneros.

Las figurantes, sin las dotes para llegar á
la perfección del arte, habían tenido tiempo
para dedicarse á la perfección de la chismo-
grafía.

No hay nada más incisivo que la envidia
aclimatada en el corazón de una mujer fea.

Y las figurantes, que nunca habían podido
figurar en las regiones de la hermosura ni
del talento, habían estado condenadas, casi
toda su vida, á estar contemplando superio-
ridades.

De aquí nacía su animadversión sistemá-
tica y su predisposición continua contra to-
do lo que se elevara sobre sus cabezas.

El ingreso de una dama á la compañía,
tenía irremisiblemente por precio el aban-
donar su reputación al coro: el coro se en-
cargaba, espontáneamente, de desmenuzar
la historia íntima del nuevo personaje, de
averiguar todas las poridades ocultas, de
profundizar los más intrincados misterios y
de esclarecer las más ligeras dudas.

La familia de Jano vive sin reserva entre
los Argos del elenco; no hay intimidad del
hogar que no se deje traslucir; la familia
del actor no tiene eso que se llama *el sa-
grado de la familia*, porque las confidencias
conyugales, las pláticas secretas, los meno-
res detalles de su vida doméstica son espia-
dos por la figurante, son adivinadas por la

celosa chata, por la astuta pelona, por la lenguaraz Pepa, por la ordinaria Lola, ó por las dos viejas magras que llevan la batuta del escándalo.

Todo se sabe: y las paredes, los escondes, las previstas, los bastidores, los forillos y todo el brin pintado, que para el espectador es unas veces los muros de Zaragoza, las macizas bóvedas de una cripta ó la inmensidad del mar, para los actores son crespones transparentes, al través de los cuales no pueden ocultar lo que les pasa.

Isolina y Pico, D. Fernando y Alberto, habían pisado aquel *palacio de la verdad*, y tributarios de aquella ley formidable de la averiguación, de la sumaria, del escarpelo, ya no podían tener secretos para nadie.

Pico presentía algo de esto y se entristecía. En cuanto á Isolina, creía que sus confidencias comunicadas en el silencio del hogar, eran ese depósito sagrado que se confía á la discreción, y que no puede ser mancillado por la maledicencia ni por los indiferentes.

Don Fernando era capaz de medir el tamaño del escándalo pero don Fernando *era así*; hombre de firmes resoluciones en materia de amor, tenía la perseverancia del tonto, ó más bien esa persistencia del cuadrúpedo en el amor, puesta en el macho por la sabia naturaleza como garantía segura para la perpetuidad de las razas.

Don Fernando era todo pasiones, y le bastaba la elección para criar el deseo, y el deseo era en don Fernando su fuerza motriz.

El cuerpo de figurantes y algunas figurantes sin cuerpo, podían atestiguar que don Fernando era hombre de empresa; la historia de los amores de don Fernando merecería un libro aparte, si ese libro quedara legible; la fortuna le había ayudado, y sus propiedades seguían de lejos la decadencia de las víctimas de amor.

Cuando don Fernando hablaba solo, que era con frecuencia, á no hacerlo tan por lo bajo, se le oiría pronunciar frases por este estilo:

Al acariciar á un niño:—*¡Debía decirme papá!*

Al saludar á una señora grande:—*¡Parece increíble!*

Al presenciar un casamiento:—*¡Pobre novio!*

Al consolar á un marido:—*¡Si supieras!*

Al hacer un obsequio á una joven:—*Dádivas quebrantan peñas!*

Al ir á misa:—*Allí están.*

Al salir de misa:—*No trae mi libro.*

Casi para cada acto de la vida, tenía don Fernando *un aparte.*

Don Fernando aparecía todavía para algunos, como hombre caritativo y benéfico.

Había más de seis familias con estancuillo ó con sedería, establecidas por don Fernando. En el estancuillo ó en la sedería había una señora grande, alguna tía, una joven un poco pálida y un niño ó dos, huérfanos los pobres, recogidos por aquellas buenas señoras: la mamá y la tía.

Petra, la criada aquella de la casa de don Fernando, ya arrastra cola, ya tiene puff y

castaña, merced á las munificencias de su amo.

A D. Fernando, en fin, le bastaba emprender algo para *salirse con la suya*; y ¡oh desgracia! se había fijado en Isolina.

Era su principal enemigo.

Alberto era otra cosa.

Alberto se calificaba á sí mismo con el epíteto de *joven audaz.*

Alberto era muy elegante, era un *buen mozo* y como era rico, tenía todo ese aire de suficiencia que á los veinticinco años constituye el *schic* de la juventud actual.

Alberto hablaba con desparpajo y espetaba una barbaridad con el aplomo de un orador en un grupo de gente circunspecta.

Alberto iba á todas partes, comía en todas las fondas, tenía cuarto en hotel y además una casita por un suburbio de la ciudad; casita amueblada y sola, cuidada por una especie de *parca* ó Madre Celestina, que había sido *nana* de Alberto.

¿Para qué quería Alberto aquella casita?

Nadie lo sabía: eran cosas de Alberto.

La primera cualidad que Alberto tenía, según él mismo, era ésta: ser muy franco.

Era tan franco, que confesaba sin rubor todos sus vicios.

—Oye, le decía en el café á un amigo suyo: ya sabes que soy muy calavera, he gastado en dos meses más de tres mil pesos, pero eso sí, chico, ¡qué buenos gustos me he dado! me *he pegado* más de diez monas como una tranca; pero ya me estoy curando, mi médico me ha mandado unas píldoras, ¡mira!

Y sacó una gran caja de cápsulas.

—¡Cáspita! ¡caspitina! ¡qué píldoras tan grandes! le dijo su alelado compañero.

—Pero son magníficas.

—¿Y ahora á quién te diriges?

—A la figurante, chico, á la figurante de la otra noche; ¡qué dices qué mujer tan linda!

—Yo no la ví, pero todos me han dicho....

—Figúrate que mi tío ya la emprendió.

—¿Don Fernando?

—Don Fernando.

—¿Y qué....

—Que no le hace caso.

—¿Y á tí?

—Mira, la cosa es difícil, pero ya tengo puestas mis redes. ¿Serás hombre de ayudarme?

—¿A qué?

—A que si no cae por bien....

—¿Un rapto?

—Sí, hombre, me gustan los raptos; siempre que me he robado una muchacha, me he sentido bien; figúrate nuestros caballos ensillados abajo del puente: dos criados armados hasta los dientes, yo con mi *plaid* de las aventuras, mi *revólver* y mi puñal, una vieja alerta, una ventanilla medio abierta, la noche oscura, algunos relámpagos, yo en atalaya, tú en la esquina, dos amigos más allá, da la hora ¡zas! golpe de audacia, obró el narcótico, avisa la vieja, entro como Herman, como don Juan Tenorio y cargo con la prenda: ya sabes que tengo canilla.

|| Por supuesto, interrumpió el amigo de Alberto que ya se había entusiasmado con

el *tableau*; por supuesto que antes se ha figurado un pleito para quitar al guarda de la esquina.

—Por supuesto, ó se le ha cohechado.

—Y luego atraviesas las calles con tu preciosa carga y ¡cataplúm! ¡á caballo!

—¡Figúrate, chico! y tú vigilando y los amigos avisados todos y listos y luego....

—¡Hombre! ¡magnífico! ¿sabes que está eso bueno?

—¡Mozo! gritó Arturo, una botella de Champagne. ¡Magnífico! ¡magnífico!

—Pero hombre, no seas bárbaro, si estás enfermo.....

—No le hace, pero me he entusiasmado con Isolina. Bebamos á su salud.

—Bebamos ¡qué diablo! y cuenta conmigo.

Ese día logró Alberto, el joven audaz, *pegarse la mona* undécima.



CAPÍTULO VIII

LOS PSEUDO-ARTISTAS

EL señor don Fernando seguía siendo *cosa muy buena*, según Pico. Se había establecido esa amistad tranquila al parecer y que solo se ve entre los seres racionales, porque las fieras no se engañan, ni son capaces de la felonía ni de diplomacia.

Don Fernando acechaba su presa, con todo el aplomo de sus años y de sus profundos conocimientos en el arte de seducir.

Se hacía más amable cada día, más franco, más cordial, más buen chico.